

MIS VIVENCIAS COMO SEMINARISTA.

Cástor Gago Álvarez

Al finalizar una sesión parlamentaria se me acercó otro diputado y me preguntó:

- ¿ Tu no estarías en el Seminario?.

- A lo que le respondí: Sí; en el de Ourense. ¿Por qué me lo preguntas? - Porque la forma de expresarte que utilizas creo que solamente pudiste haberla adquirido en un seminario.

Naturalmente, mi perspicaz interlocutor también había estado en el seminario; en el de Lugo.

No somos los únicos. En el actual parlamento gallego hay ex-seminaristas en todos los grupos políticos y lo curioso es que se nos nota, a todos, al subir a la tribuna.

Al hilo de lo anterior recuerdo a aquel padre espiritual que se esforzaba por explicarnos a niños de once años que los sacramentos imprimen carácter.

No sólo los sacramentos. La estancia en el seminario nos marcó y de una forma muy significativa para el devenir de nuestras vidas.

Permítanme contextualizar, aunque sea de forma breve, una instantánea personal del limitado mundo en el que vivíamos los niños de aquellos años.

Corrían tremendamente rápidos los años sesenta. El Nodo inauguraba pantanos todos los meses. La luz eléctrica dejaba atrás los candiles de carburo hasta en los pueblos más remotos. Riadas de jóvenes atestaban la estación del Empalme con maletas de cartón saturadas de ilusión y llenas de miseria. Algunos ya volvían, de vacaciones, con coche contando las maravillas de Alemania. ¡Allí se podía ir al médico sin pagar! Allí hasta los trabajadores tenían vacaciones. ¡ Pagadas!

25 años de Paz. Se inaugura el túnel del Guadarrama. En España ya hay una autopista.

En aquellos años, la enseñanza pública en esta provincia se limitaba a las escuelas unitarias, eso sí, en todas las parroquias rurales y dos institutos de bachillerato en la Capital. En mi Verín natal, una de las villas más importantes de la provincia, para poder estudiar el bachiller elemental, existía una academia mixta, dirigida por Taboada Chivite que preparaba por libre, para jugársela toda a un examen en Ourense y las monjas del Amor de Dios con una enseñanza similar para las niñas.

Aquel otoño del 64 de Verín salimos tres niños para el seminario, cuatro para Salesianos y tres para Maristas. Dos niñas para Carmelitas, cuatro para Josefinas, dos para Placeres. Poco más.

El seminario acogía a 114 nuevos seminaristas de toda la provincia, más de uno que calzaba por primera vez zapatos y abandonaban temporalmente las pesadas «chanquiñas». Iniciábamos nuestro largo camino hacia el sacerdocio, dos años de «Gramáticos» tres años de «Retóricos» ; tres de «Filósofos» y cuatro de «Teólogos» y al final Curas.

-Muchos son los llamados y pocos los escogidos- Nos repetían nuestros formadores y añadían: Los que no lleguéis a ser Ministros de Cristo, al menos podréis ser sus testigos.

Una de las fechas más señaladas y decisivas de mi vida fue aquel, lejano en el tiempo y muy próximo en el recuerdo, cuatro de octubre de 1.964 cuando ya avanzada la tarde me quedé tremendamente sólo, aunque compartiendo juegos en el patio de los gramáticos.

Mi Madre, después de colocarme cuidadosamente toda la ropa marcada con el número 197 en el armario, después de su última lección de cómo se debe hacer la cama, se había despedido con el enésimo beso reiterándome que escribiera todas las semanas.

Los recreos de los primeros días los consumía entre llantos sentado en las rocas del fondo fraguando con Raúl la forma de escaparnos. Así hasta que llegó el día del Pilar. Ese día a la tarde nos llevaban al Seminario Mayor al cine. Mientras salíamos en fila del Menor nos escapamos y corrimos hasta la administración de Villalón. El último autobús del día corría más que nosotros por la calle Dr. Fleming. Desfallecidos, volvimos al seminario. Escondidos entre las acacias, recuperando el aliento, entre los dos seminarios, esperamos a que bajasen del cine. Nadie había descubierto nuestra falta.

Al día siguiente, satisfechos por haberlo intentado, y más todavía por que no nos hubiesen descubierto, dejamos las rocas, dejamos de llorar y nos enfrentamos a nuestro destino de niños de 11 años. Las pláticas de D. Magín y la integración en los equipos de fútbol, hicieron el resto.

A partir de entonces hice una especie de calendario en el que anotaba los días que faltaban para ir a casa y cada día tachaba uno. Cuando me olvidaba de tachar un día y al día siguiente tachaba dos, la vida corría más deprisa.

Resultan inimaginables para los más jóvenes las vivencias que, por suerte, (y por esa imperiosa necesidad de volver a los orígenes que sentimos los humanos cuando llegamos a la madurez de la vida) revivimos anualmente alrededor de treinta compañeros de las más diversas procedencias y destinos que nos reunimos anualmente en el seminario.

Abogados, policías, alcaldes, arquitectos, granjeros, comerciantes, profesores, funcionarios, empresarios, emigrantes... y 6 curas forman el elenco de las profesiones más comunes de la promoción del sesenta y cuatro. Recordamos:

- Te acuerdas cuando Paco se escondió en el cubo del hormigón para que no lo viese D. Perfecto y tu lo subiste con la grúa a 15 metros de altura y lo dejaste allí media hora.

- Rodolfo, por fin, confiesa que fue él quien fue el que tiró la rueda del camión por la cuesta hasta que fue a parar contra el muro del convento de las monjas de clausura.

Jorge nunca nos contó cual era su secreto para sacar todos los meses un diez en conducta ni por qué iba tan contento los domingos a impartir catequesis a la iglesia de Fátima.

¿Quién era el que se untaba la cara todas las noches con chorizo para que le saliese la barba? Ah, sí; era el mismo que se ponía papel calcante dentro de los calcetines para aparentar fiebre y pasarse unos días en la enfermería .

Recuerdo aquellos terribles sabañones que nos hinchaban las manos hasta impedirnos escribir y que recibían el alivio del yodo que en el recreo nos untaban los ayudantes de Don Luis. No te quejes que algunos los cojen en las orejas y esos sí que duelen.

Los festivales de música en los que «Yo soy aquel» de Raphael interpretada por Vázquez se imponía a «Rosas en el mar» de Masiel y al «Baúl de los recuerdos» de Karina. Y aquel final de fiesta en que sonaba piano: Con un sorbito de champán, brindando por un nuevo amor...

Las sesiones de Cine Forum. Hoy ¡Qué verde era mi Valle!. ¿Qué nos dice John Ford a cada uno con esta película?.

- ¿Y si nos colamos hasta el comedor de los teólogos? Me dijeron que hay pan blandito y montones de tabletas de chocolate. Cada uno va a merendar cuando quiere y coje lo que le da la gana. ¡Jolín! ¡Que bien viven los del Mayor!.

Los teólogos que estaban merendando al intentar entrar nosotros entendían que su historia se repetía y nos daban pan y chocolate insistiéndonos en que no se lo dijésemos a nadie.

Hoy hay que portarse bien en el estudio para que mañana nos pongan la televisión, que juega el Madrid de Betancourt, Calpe, De Felipe, Sanchis... contra el Inter de Sarti, Burnich, Guarneri, Facheti...

-Si por culpa tuya nos castigan a todos ya sabes, le cogemos la maquinilla al «Pombo» y te rapamos al cero. Le decíamos al más inquieto del grupo.

Bergantiños decía ser De Felipe; Paco quería ser Gárate; Pérez era Revilla; Rogelio Iríbar; Madarnás era Zoco y más de uno se peleaba por ser Pataco que del Orense acababa de fichar por el Atlético de Madrid y decían que iba a cobrar millones.

La mayor alegría que me llevé en mi etapa de seminarista sucedió aquel, lejano en el tiempo pero muy presente en mi memoria, día de la Inmaculada de 1.964 cuando el Señor Obispo, después de comer nos reunió a todos en el patio de los retóricos (que así se llamaba a los que cursaban 3º, 4º y 5º) y nos anunció que por primera vez en la historia del seminario tendríamos vacaciones de navidad desde el día 22 hasta el día siguiente de año nuevo. Aquella tarde, tanto «pitos» como retóricos de pelo en pecho lloramos de alegría.

Todavía hoy, después de 39 años, cuando oigo a los niños de San Ildefonso cantar los números de la lotería de navidad, lo asocio a aquella larga espera en la administración de los autobuses Villalón que por 34 pesetas me llevaban en tres horas a reencontrarme con mi familia ¡Volvía a casa por navidad!.

Cientos de anécdotas que resultan difíciles de comprender para quienes no vivieron esa etapa, pero que nos llenan de satisfacción, nos remontan a aquella infancia que se nos escapó de las manos entre latines, oraciones y competiciones de fútbol.

Gabriel Fidalgo (su apellido hace honor a la grandeza de su corazón - y sé que no le gusta que le mencione expresamente) era el enchufado de corriente trifásica, según el argot utilizado en aquellos años, porque su abuelo era el conductor de aquel microbús mercedes, de color azul que diariamente, subía a los profesores. Fidalgo se encargaba de que su abuelo nos trajese de la ciudad los bolígrafos de tres colores, las chocolatinas con cromos de castillos, los álbumes de fútbol, los balones marca «Yes» que luego Eladio, fogueteiro mayor en las fiestas de la Inmaculada, administraba a su libre albedrío desde su garita que olía a quesería industrial, por culpa de los tenis marca cadena o aquellas botas de fútbol de plástico y las medias de nuestros equipos favoritos que tutelaba con celo de contable mayor.

Gabriel es ahora quien se encarga de localizarnos para la fiesta anual y quien, en nombre de todos, manda un precioso ramo de flores con la leyenda «Amigos Siempre» a nuestros padres fallecidos.

«Amigos Siempre» era el lema de nuestra organización para la realización de trabajos manuales. Lámparas hechas con piñas, Ceniceros con vitolas o sellos, hórreos hechos con palillos, hojas de plátano realizadas en tablilla, tortugas hechas de nueces, que luego vendíamos a nuestros padres o al cura de nuestra parroquia en las fiestas de fin de curso. Perdura en el tiempo el lema y perdura nuestra amistad.

En Gabriel quiero personalizar a todos y cada uno de los condiscípulos que, unos de forma callada, pero activa; otros con la música de Los Brincos, o con el último chiste de Charlot, nos ayudaban a quitar el frío que nos contraía por dentro o por fuera hasta las tan anheladas vacaciones.

Don Perfecto helaba el silencio cuando de súbito aparecía en el estudio o en el dormitorio, siempre con un libro entre las manos. Si alguien quería al seminario y a los seminaristas, ese era él. Tremendamente sentimental, observador y solidario. Duro en apariencia y blando en el corazón. Conservador por principios e innovador por convicción. Torpe con el canto y preciso en la dicción. Don Perfecto nos enseñó, además de griego, yoga, a jugar al rugby y al balonmano aún a costa de tener que parar el partido para leer el reglamento.

En él quiero encarnar a todos aquellos profesores y tutores que supieron forjar nuestro carácter y convicciones, tanto religiosas como humanas, con todos los contrastes vitales. Quizás todos ellos podrían vivificarse en aquella canción de Cecilia que en su estribillo decía:

- Don Roque, piedra de toque de aquella Iglesia española, vieja gloria del cejo añejo, que ha escrito páginas de historia.

A quien nos castigaba por hablar gallego en el recreo y a quien nos enseñó en horas lectivas la gramática de Carballo-Calero; a todos ellos mi agradecimiento y consideración.

El próximo cuatro de octubre se cumplen cuarenta años de mi entrada en el seminario. Ese día, Dios mediante, Paco y yo; juntos o por separado, brindaremos por el seminario y por quienes allí nos llevaron.

Verín, Marzo de 2.004